

Prefacio

Nuevas miradas sobre las vanguardias hispanoamericanas

¿Qué se sabía en realidad de las vanguardias históricas hispanoamericanas hace apenas treinta años? Muy poco, si se exceptúa la atención aislada que habían merecido las obras poéticas de algunas de las figuras más relevantes del período, Vicente Huidobro, César Vallejo, Oliverio Girondo, el Borges ultraísta, exhumado a pesar suyo de las revistas españolas y argentinas del período... No sólo no se consideraban en toda su dimensión las vanguardias, o sea, como un fenómeno continental (en el que debe contemplarse también a Brasil, con su “modernismo”), sino que parecía incluso haber caído en el olvido lo que la eclosión simultánea de esos movimientos juveniles, inquietos e iconoclastas trajo de nuevo a las artes y a la cultura en general de América Latina. Hoy se sabe que estas vanguardias tuvieron un perfil propio que las distingue y que fueron una parte sustancial del movimiento internacional de las vanguardias. Casi un siglo después de su inicio en nuestras latitudes, se admite por fin que las vanguardias dejaron una huella profunda, perdurable, en todas las artes del continente a lo largo del siglo XX.

Parece hoy difícil explicar el prolongado olvido, de casi medio siglo, en que se tuvieron a las vanguardias, algo perceptible en las pocas líneas que merecieron en las historias literarias hasta los años setenta y ochenta del siglo pasado. En México, por ejemplo, el movimiento estridentista fue ignorado hasta que un investigador argentino, Luis Mario Schneider, se interesara en el movimiento y publicara en 1970 un estudio pionero, *El estridentismo o una literatura de la estrategia*. Poco después, un grupo de jóvenes escritores, los infrarrealistas, intentaron un acercamiento con algunos miembros del grupo, Manuel Maples Arce, Arqueles Vela, Germán List Arzubide, sorprendidos por el interés

que despertaba su aventura literaria y artística de los años veinte. Fueron entrevistados por Roberto Bolaño en 1976 y, como es bien sabido, infrarrealistas y estridentistas alcanzaron una dimensión legendaria más de veinte años después cuando Bolaño publicó su novela *Los detectives salvajes* (1998), un homenaje a la generación infrarrealista que puede ser también leída como una reactualización de las vanguardias. Por otro lado, en la Argentina, mientras Borges, cuya fama internacional iba creciendo, se empeñaba en sepultar su “momento” vanguardista y criollista, Oliverio Girondo –poeta que no renunciaría al gesto vanguardista y que asimismo proseguiría la experimentación poética iniciada en su juventud– intentaba recuperar y documentar, a finales de los años cuarenta, la historia del periódico *Martín Fierro* y de toda una generación de artistas en una “memoria” armada para celebrar los 25 años de su aparición. El objetivo de Girondo era claro: explicar el contexto cultural en el que surge el periódico, la “asfixiante atmósfera espiritual” que se respira en Buenos Aires, y aclarar sobre todo “lo que significó y significa en la historia literaria y artística del país” (Girondo 1949: 10 y ss.). El poeta rememora la urgencia que sintió su generación de “trazar derroteros, enunciar propósitos, señalar objetivos; en una palabra: definirse” (*id.*), lo que parece haber sido, precisamente, el objetivo concreto del manifiesto que lanza *Martín Fierro* el 15 de mayo de 1924. A su manera, con talante paródico y con humor, debe recordarse también que Leopoldo Marechal tenía presente a la vanguardia martinfierrista, de la cual formó parte activa, en esta formidable novela del año 1948, *Adán Buenosayres*, que podía entenderse como un homenaje a su propia juventud iconoclasta y transgresora, un gesto que no supo ser leído en el momento en que se publica la novela. Pero fueron todos intentos esporádicos de rescate que no lograron realmente cuajar y tener la resonancia necesaria para analizar a fondo –algo que se conseguirá tardíamente, en las últimas décadas del siglo pasado– la naturaleza y características de nuestras vanguardias y asimismo el papel central que habían jugado en la renovación artística de Hispanoamérica. Para lograrlo se empezaron a ensayar otras miradas sobre lo que una retrospectiva reciente, de tipo internacional, ha llamado con acierto las “modernidades plurales”.

Al rescate de materiales de primera mano, manifiestos y escritos afines que dieron intensa vida a esos movimientos,¹ y que son el tema del presente libro, *Manifiestos... de manifiesto*, ha seguido en los últimos años la recuperación en ediciones facsimilares de las múltiples revistas del período, un proceso en el cual por cierto todavía estamos y sin el cual resulta imposible historiar, analizar, comparar. Se ha avanzado sin duda, pero falta mucho todavía por hacer para rescatar en toda su complejidad el momento de las vanguardias hispanoamericanas e historiarlo a cabalidad, una tarea que se antoja multidisciplinaria para que se aprecien sus múltiples facetas y que tome asimismo en cuenta los intercambios que existieron entre todas ellas. Algo que todavía está por hacerse es una reflexión en torno a la presencia y el papel que tuvieron México y su política cultural al término de la Revolución en la mayoría de los movimientos de vanguardia del continente, en algunas de sus orientaciones y propuestas. Gracias a las ediciones facsimilares de las revistas que han ido apareciendo se pueden apreciar mejor estos contactos y cómo México mostraba un camino posible para la renovación de las artes en un nuevo contexto político. Además, la confluencia en las revistas de los artistas nuevos, pintores, escultores, fotógrafos, convirtió a éstas no sólo en los soportes de los textos programáticos y en un lugar de diálogo entre las distintas artes sino también, en algunos casos, en verdaderas obras de arte por el diseño gráfico novedoso de las mismas y por la calidad de las pinturas, de los dibujos o grabados incorporados en sus páginas. Las exposiciones recientes en México sobre el estridentismo, *Vanguardia estridentista. Soporte de la estética revolucionaria* (2010, Museo Casa Estudio Diego Rivera y Frida Kahlo) y sobre *Vanguardia en México 1915-1940* (2013, Munal), rompen con

¹ A las antologías de manifiestos, proclamas, prólogos polémicos, ya clásicos y mencionados por los autores del presente volumen (de Hugo J. Verani, Nelson Osorio, Jorge Schwartz, etcétera), quisiera agregar una de tipo internacional editada por la crítica Mary Ann Caws (*Manifesto: A Century of Isms*). Destaco la útil introducción de la editora ("The poetics of the manifesto: nowness and newness", XIX-XXXI), pero señalo que la parte hispánica y brasileña está insuficientemente representada en la antología: sólo están algunos textos de Huidobro, Borges, Joaquín Torres-García, Roberto Matta, Mario de Andrade, Dalí, Gómez de la Serna y Ortega y Gasset.

un concepto convencional de exposición e integran y hacen dialogar visualmente un material heterogéneo sugerente: las revistas del período, las hojas murales y manifiestos, las máscaras, la fotografía, el cine, con la pintura y escultura. Y con ello se ha renovado el discurso museográfico sobre las vanguardias y el arte moderno.

Ángel Rama destacó en 1983, en uno de sus últimos ensayos, “De la concertación de los relojes atlánticos”, la sincronía que existió entre las distintas vanguardias, latinoamericanas y europeas, y la “conciencia de que se participaba al mismo tiempo de una universal renovación” (Rama 1984: 29-36).² En ese momento la postura crítica de Rama no era todavía frecuente ya que persistía el prejuicio o el equívoco de que habían sido simples reflejos, “imitaciones” de lo que se había hecho “del lado de allá”, para retomar la conocida fórmula cortazariana en *Rayuela*. No se habían dado las relecturas cuidadosas de los materiales de la época, todavía de difícil consulta, ni las nuevas miradas sobre la modernidad hispanoamericana que han ido saliendo afortunadamente al paso de enfoques reductores cuando no simplistas. Si se leen de hecho con cuidado varios de los manifiestos es palpable en ellos la voluntad de lograr una voz propia, americana, sin por ello renunciar a la aventura cosmopolita de la modernidad. Recordemos nuevamente a Girondo, que en el manifiesto de *Martín Fierro* aludía con naturalidad y sin complejo alguno a la “capacidad digestiva y de asimilación” de los latinoamericanos. Como lo escribirá Pedro Henríquez Ureña unos años después, los americanos “tienen derecho a tomar de Europa todo lo que les plazca”, y tienen asimismo “derecho a todos los beneficios de la cultura occidental” (Henríquez Ureña 1928: 29). Una reflexión que salía al paso de los nacionalismos de la hora y que prolongará Alfonso Reyes en sus “Notas sobre la inteligencia americana”, al referirse al temprano universalismo de América y a su libertad y agilidad para tratar con todas las culturas (Reyes 1936). Las vanguardias latinoamericanas mostrarían en conjunto que la mirada entre América y Europa no era excluyente o con un sentido único (la siempre citada influencia de Europa en América), no sólo por la coinciden-

² Como lo precisa la revista, este ensayo de Rama, en verdad el último, iba a ser leído en Bogotá en diciembre de 1983.

cia de los “relojes”, como dice Rama, sino porque también eran compatibles el retorno a lo propio, a lo autóctono, con lo moderno y cosmopolita. La reciente “exposición-manifiesto”, “Modernidades plurales”, que tuvo lugar en el Centre Pompidou, es una relectura crítica de las vanguardias a nivel mundial que rompe con los esquemas eurocentristas acostumbrados y con un “discurso unificado, lineal y progresista” sobre el arte moderno para intentar un acercamiento distinto que recupera otras vanguardias históricas simultáneas, centralmente las latinoamericanas. Y, de paso, permite comprobar que también es saludable mirar “del lado de acá”, para mejor entender lo que fueron en conjunto esos movimientos.³

Desde hace un par de décadas se han multiplicado las revisiones y las relecturas de este extraordinario momento de la cultura latinoamericana. Lo decisivo son las nuevas miradas con que se encara el material rescatado, un material que esperaba ser leído e interpretado, tarea que con acierto emprende *Manifiestos... de manifiesto*, el conjunto de ensayos que reúne el presente libro en torno a los manifiestos de vanguardias (y otros textos afines) que, por lo general, siempre han sido vistos en forma ancilar y no como textos que ameritaban una reflexión propia. Celebremos entonces la feliz y original iniciativa de reunir a un grupo de estudiosos que reflexionan sobre el manifiesto como un género y que lo analizan en tanto texto con un “centro gravitacional propio”, como afirma con razón Osmar Sánchez Aguilera en el prólogo. Los enfoques y acercamientos son plurales, no desdeñan la sugerente mirada comparatista y muestran tanto las rupturas y transgresiones que ofrecen esos textos como las “continuidades” con la tradición. Se trata de un libro que sin duda abre caminos para nuevos estudios sobre los movimientos de las vanguardias hispanoamericanas, un campo que está lejos de haberse agotado.

Rose Corral

El Colegio de México, abril de 2015

³ Cf. Grenier 2013: 15 y ss. Muy útil ha sido también la consulta de un volumen colectivo que ofrece una revisión crítica de las vanguardias y del arte moderno de Esteban Buch, Denys Riout y Philippe Roussin 2011.